

ALGUNAS CONSIDERACIONES ELEMENTALES SOBRE SOCIEDAD, LENGUAJE Y ENSEÑANZA DE LENGUAS

LEOPOLDO WIGDORSKY

Universidad Técnica del Estado
Universidad Católica de Chile

Cuando escuchamos un enunciado en nuestra lengua materna no sólo somos capaces —en potencia— de comprender su sentido proposicional; nuestra “competencia” nos permite comprender o intuir, dentro de márgenes de error variados pero casi siempre operacionales, muchas cosas más; por ejemplo,

- el nivel educacional, el “poder” social, la edad, el sexo del hablante
- su procedencia geográfica (si es hispano o no; si siéndolo, es hablante de nuestro dialecto geográfico; si no lo es, si acaso habla algún dialecto vecino o alejado, etc.)
- su actitud hacia nosotros (si está enojado o complacido, si nos tiene respeto o desprecio, etc.)
- si se encuentra sereno o está nervioso
- sus intenciones, no siempre “transparentes” en el enunciado mismo
- si está bromeando o hablando en serio.

Así, por ejemplo, si el hablante es adolescente o adulto joven es más probable que diga “No sé si iré” en lugar de “No sé si vaya”, forma, esta última, típica de personas mayores; “regia” tiende a “colocarse” únicamente con “mujer” o “chiquilla” en el lenguaje masculino, de manera que “Vi una película regia” tiene, casi siempre, una connotación femenina. Quien, en una conversación informal (e, incluso, en ciertas situaciones en que se espera un lenguaje formal), pronuncia todas las *d*'s intervocálicas (v. gr. [náða] por [naa], [láðo] por [laao] es muy posible que esté pugnando por no ser identificado con un grupo social no privilegiado; su empeño será vano, sin embargo, ya que —para el castella-

no de Chile— ha elegido un modelo equivocado. La “máquina” por la “liebre” no sólo nos señala el posible oficio del hablante sino, además, un afecto muy comprensible hacia su medio de vida. Largo sería hablar de las sutilezas en el empleo de “tú” y “Ud.” (según sea el “status” del hablante con relación al escucha, la edad y sexo de ambos, la situación en que se conocieron, etc., un “tú” puede crear acercamiento o distancia, ser índice de respeto o falta de él, y así sucesivamente). “¿Nos tomamos un cafecito?”, dicho con una curva melódica especial por un hombre a una mujer, puede tener —según sea la situación— un significado o una intención adicional a la que denotan sus palabras.

El lenguaje escrito posee indicadores extraproposicionales específicos; la caligrafía señala nerviosismo o intranquilidad, apuro o calma, intención de impresionar favorablemente o falta de ella, escolaridad alta o baja (todos distinguimos entre la “mala letra” de un médico y la de un semianalfabeto); en algunas lenguas, la caligrafía señala la nacionalidad: en forma general, la caligrafía británica es bastante diferente de la estadounidense, por ejemplo. En el castellano de Chile, los diversos errores ortográficos tienen connotaciones sociales diferentes: así, por ejemplo, cambiar “b” por “v”, o viceversa, es índice de poca escolaridad, en tanto que el omitir pintar acentos sistemáticamente es típico de personas educadas y de estrato social medio o alto (pero no profesionales del lenguaje).

Hasta los nombres que nos dieron luego de nacer (y que, desafortunadamente, no pudimos elegir) tienen connotaciones relativamente claras: los hay de viejos y de jóvenes;

de estrato social modesto, alto y de imitación de éste; de (padres) católicos, protestantes, judíos o ateos, típicos de los muchos grupos de ascendencia que concurren en nuestra nacionalidad (v. gr., Dante, Gina; Erwin, Erica; Samuel, Sara; Salvador, Leila); y así sucesivamente. Basta con conocer el nombre de don Lenin Madariaga o de doña Jackie Sepúlveda para intuir bastante sobre las simpatías de sus padres. Naturalmente, las connotaciones cambian de lengua en lengua; llamarse "Jesús" es hermoso en el mundo hispano, pero herético y/o divertido en el mundo anglosajón¹; "Eleuteria", en cambio, es raro, propio de señora de edad, en castellano, en tanto que es un nombre hermoso (aun cuando no muy común) en griego.

Se observará el carácter típicamente probabilístico de estas connotaciones o significados adicionales; al oírlos, nos decimos: "Es muy probable que, dadas estas circunstancias, el que habla sea joven"; y así sucesivamente. Frecuentemente, el lenguaje pone en descubierto una posición afectiva, sin que el hablante se lo proponga necesariamente; a menos que se sea especialista (en cuyo caso los términos no son sinónimos), "Unión Soviética" y "Gran Bretaña" tienen connotaciones positivas en tanto que "Rusia" e "Inglaterra" no las tienen.

¿Hasta qué punto podemos extraer este tipo de información cuando escuchamos la lengua extranjera que, formalmente, conocemos relativamente bien? ¿Somos siempre capaces de captar una ironía o de distinguir entre una sugerencia y una orden? A la inversa, ¿somos realmente capaces de expresar enojo, ironía o ternura en la lengua extranjera? ¿Cómo estar seguros de que la palabra, expresión, construcción o pronunciación que estamos empleando es "apropiada", que no estamos pecando de descortesés o serviles, de "confianzudos" o "acartonados"? Una vez alcanzada cierta etapa en el aprendizaje de una lengua, todos —ciertamente nuestros estudiantes— nos vemos enfrentados a preguntas de este tipo. Manejar bien las reglas que rigen el "sistema" de una lengua ("reglas de formación") es labor relativamente sencilla; manejar las reglas que rigen el "uso" de dicho sistema ("reglas de locución") ciertamente no lo es. La teoría lingüística misma está circunscrita, con muy pocas excepciones,

a la "competencia"; falta mucho todavía para que pueda ocuparse de la "actuación".

La dificultad en el "uso" del sistema —o en explicar el "uso" del sistema— tiene su origen en varias causas. Me limitaré a explorar las más pertinentes a nuestro quehacer profesional, es decir, la complejidad del proceso comunicativo, la variedad lingüística, la multifuncionalidad del lenguaje y la relación equívoca que existe entre las funciones y las formas lingüísticas. Espero que, al elaborar esta síntesis, no haya traicionado muy gravemente el pensamiento de los diversos autores que la inspiraron.

El proceso comunicativo humano es bastante complejo; la comunicación mediante el lenguaje está engarzada en un proceso comunicativo muchísimo más amplio, del cual forman parte —entre otros— los gestos, el contexto de situación (incluidos los roles sociales y las intenciones de los participantes), los hábitos comunicativos de la comunidad (incluidos, por ejemplo, los elementos fáticos y los tabúes), las "condiciones de felicidad" de los enunciados y varios aspectos de carácter emocional y estético. En otras palabras, la comunicación es un proceso social, antropológico y psicológico, y no meramente lingüístico. "¡Qué bien lo hizo!" puede tener diversos significados según sea la situación en que se diga y —lo que es muy importante para los estudiantes y estudiosos de lenguas extranjeras— los parámetros significativos no-lingüísticos (o, si se quiere, co- o extra-lingüísticos) pueden variar de lengua en lengua; lo que resulta ironía en una lengua puede no serlo en otra, lo que explica la dificultad en comprender y relatar chistes en una lengua extranjera. Quizás muchos de mis bondadosos lectores vieron el filme "La fiesta inolvidable"; el protagonista (interpretado por Peter Sellers), actor hindú que cumple un contrato filmico en Hollywood, jamás logra comprender —ni que lo comprendan— en una "fiesta" formal (i. e. para ejecutivos, principalmente) norteamericana, aun cuando su inglés es excelente: hay sutilezas de vestuario, gestos, participación en la conversación, silencios, comportamiento en general, que lo hacen aparecer divertido o irritante a los anfitriones y a los demás invitados.

Pensemos un instante —a manera de ejemplo— en los gestos específicos que acompañan al castellano, francés, inglés, alemán, hindi. En esta última lengua es corriente que, en

¹ Debo este ejemplo al Profesor Robert LADO.

una situación de confianza, el interlocutor constantemente mueva la cabeza de izquierda a derecha y viceversa para expresar asentimiento o agrado, gesto que en el contexto hispano significa algo así como "¡Qué lástima!" y que virtualmente no existe en inglés; los movimientos de cabeza del francés y las gesticulaciones del italiano son muy poco frecuentes en el inglés. Por otra parte, el ligero tartamudeo característico del inglés de clase alta (en los varones, solamente), a nosotros nos parece un defecto de dicción. En una misma lengua, hay gestos que son característicos de los estratos sociales polares o de las diferentes "subculturas". Todos hemos presenciado casos en que algunos artistas extranjeros han sido furiosamente "pifiados" por el público asistente a la Quinta Vergara, en Viña del Mar... pero que han quedado felices e, incluso, han prolongado su acto; ciertamente no se trata de cinismo sino del hecho que, en muchas culturas, las "pifias" significan aprobación muy entusiasta. Personalmente, he tenido la experiencia embarazosa de no saber cómo solicitarle a un huésped extranjero, no hispano, que se vaya y es así como ha permanecido no sólo para el almuerzo sino se ha quedado para las "onces", la comida y un buen rato más tarde: el caso es que en muchas culturas es de mal gusto que el invitado decida la hora de su partida y se espera lo haga el anfitrión. Hace ya varios años, un amigo latinoamericano fue invitado por una compañera norteamericana "a estudiar" al departamento que ella arrendaba... y mi amigo terminó expulsado de la universidad. O detengámonos un poco en el vestuario: las jóvenes chilenas y las norteamericanas, por ejemplo, visten en forma muy semejante, pero eligen prendas muy distintas para ir a la universidad. A lo anterior hay que agregar la dimensión dinámica: a juzgar por las imágenes televisivas que nos llegaron "por satélite" desde Roma con motivo de los funerales de S. S. Paulo VI, es indudable que el aplauso ha cambiado de significado, al menos en Italia.

Todo lo anterior puede resultar anecdótico y divertido, pero también puede ser causa de incomprendiones de consecuencias muy serias. Muchas veces he pensado que, junto con el diccionario, el "Thesaurus" y la gramática, debiera haber una especie de manual de gestos y costumbres reales y actuales —función que los textos de estudio pueden cumplir sólo en forma asistemática y parcial. En las pa-

labras de Edward T. Hall, la cultura toda constituye un "lenguaje silencioso".

Como segunda causa de dificultad en el "uso" de un sistema señalábamos la variedad lingüística. Esta es tan amplia que, como bien sabemos, hay quienes mantienen que las lenguas "históricas" o "naturales" son meras abstracciones; según esta concepción, una lengua es un conjunto de dialectos (sociales y geográficos), complejamente traslapados, y un dialecto es un conjunto de idiolectos.

Al margen de que conceptos como "lengua" y "dialecto" son sociológicos y hasta psicológicos más que lingüísticos, existe el hecho de que nadie habla un dialecto (geográfico, social, ni cronológico) "puro"; quien escribe estas líneas, nacido y criado en Santiago, acusa en su idiolecto siete años de permanencia en Arica; en otros casos, hay influencias geodialectales de los padres o parientes; sabido es que jóvenes y adultos hablan en forma diferente, pero hay adultos que reciben influencias de los jóvenes (v. gr., los profesores) y jóvenes que las reciben de los adultos (v. gr., los hijos únicos, cuyos idiolectos suelen ser más conservadores que los de hijos que pertenecen a familias grandes); en el plano del dialecto cronológico, nos distribuimos en una "escala", de suerte que no hay casi nadie en los puntos extremos, pero casi todas las posiciones intermedias se encuentran ocupadas. Si bien es cierto "biógrafo" es ítem léxico típico de los nacidos a comienzos de siglo, muchos de ellos lo han abandonado por "cine" o "teatro" y hay personas que, siendo más jóvenes, lo usan².

Algo semejante (pero más complejo, como ya lo veremos) ocurre con los dialectos sociales; la interacción social cotidiana hace que todos estemos colocados —o nos coloquemos— en diversos puntos intermedios de los extremos "culto" y "no culto"; es natural, por ejemplo, que los profesionales universitarios que tienen trato diario con obreros desarrollen idiolectos muy diversos de quienes tratan sólo con otros profesionales o estudiantes universitarios; entre los obreros, hay diferencias sociodialectales muy marcadas entre —por tomar un par cualquiera— estibadores y

² La "escala" se da en la mayoría de las aparentes dicotomías sociolingüísticas: correcto/incorrecto, aceptable/no aceptable, apropiado/inapropiado, culto/inculto, etc.

asesoras del hogar. La situación en el terreno de los dialectos sociales es más compleja por cuanto lo que en realidad tenemos en este caso es una situación de mono-dialectismo en las personas de poca educación frente a un bi- o pluridialectismo en las personas formalmente educadas; es decir, éstas normalmente usan el dialecto "estándar" pero, cuando lo desean (o la situación lo requiere), pueden usar el o los dialectos "subestándares", siendo normal que efectúen el "cambio de código" varias veces en el día: el médico emplea un dialecto social con sus colegas y familiares, pero otro con sus pacientes modestos; el constructor civil emplea diversos dialectos sociales con los obreros y los profesionales de la firma en que trabaja. De la habilidad de estos profesionales para "cambiar de código"—es decir, para comunicarse con personas de grupos y categorías diferentes—depende en gran medida el éxito en su labor.

Cuando los interlocutores emplean el mismo (?) dialecto geográfico, el "cambio de código" sociodialectal es fácil e inconsciente para el hablante bi- o pluridialectal. Cosa diferente es cuando, además de las diferencias sociodialectales, hay diferencias geodialectales; me decía un médico uruguayo que en su juventud, cuando hacía una práctica en Chile, debió lamentar no poder curar a varios afectados de meningitis; su fracaso no había sido médico, sin embargo; al concurrir a las poblaciones marginales y preguntarles a los pacientes si habían tenido fuertes dolores de cabeza (uno de los síntomas de la enfermedad), éstos le respondían negativamente, lo que le hizo descartar —en muchos casos— una posible meningitis; pasó algún tiempo antes de que se percatara de que en el habla popular de Santiago se hace —o se hacía entonces— diferencia entre "cabeza", la parte anterior, y "cerebro", la parte posterior; los infortunados pacientes no le habían mentado: en su dialecto social, no les dolía la "cabeza" sino el "cerebro". Bien puede imaginarse el lector los problemas comunicativos que se producen frecuentemente cuando uno de los interlocutores es extranjero a la lengua que se está empleando: en la Gran Bretaña suelen presentarse problemas serios en los barrios populares de las grandes ciudades industriales, donde hay —adscritos al Servicio Nacional de Salud— un número significativo de médicos hindúes y paquistanos. Y lo que hemos dicho para médicos e ingenieros de ejecución es vá-

lido para casi todas las profesiones u ocupaciones —enfermeras, profesores, trabajadores sociales, oficiales de policía, funcionarios bancarios, etc.³.

El concepto de "idiolecto" mismo es una abstracción, si adherimos a la "teoría de los registros". Según esta teoría (o, mejor dicho, una de ellas), cada "rol" social determina un patrón de conducta y, por lo tanto, una forma especial de usar la lengua; esta forma especial recibe el nombre de "registro". Cualquiera persona desempeña una multiplicidad de "roles" (cuanto mayor sea su responsabilidad en la sociedad, mayor será el número de roles que deba desempeñar) y, consecuentemente, emplea un número elevado de "registros". Una misma persona puede ser padre, esposo, hijo, dentista, estudiante de postgrado, socio de una firma comercial, miembro de un club deportivo, etc. —y en cada caso empleará un "registro" diferente: como esposo, por ejemplo, empleará palabras, giros, construcciones, modalidades de pronunciación ("No chea tontita, pue") que difícilmente emplearía, en circunstancias normales, con una paciente. Se observará que un mayor grado de "delicadeza" nos haría desglosar el rol "dentista" en "colega" y "tratante", ya que su conducta —y su registro— con otros dentistas diferirá de su conducta con los pacientes. Lo mismo puede decirse del rol "padre"; no nos comportamos (ni hablamos) en igual forma con nuestras hijas que con nuestros hijos, a lo cual habría que agregar las diferencias en el trato a los hijos de diversas edades.

Se sigue de lo anterior que un registro está determinado tanto por rasgos del contexto de situación como por características lingüísticas (sintácticas, sociosemánticas y fonológicas o grafológicas), de manera que se podrá decir que nos encontramos ante registros diferentes sólo cuando concurren ambos tipos de factores. Ello explica que los sistemas de registros sean específicos de cada lengua, si bien es natural encontrar muchos casos de semejanza e, incluso, algunos de congruencia, particularmente entre lenguas que, como las que se enseñan en nuestros liceos, son la expresión de culturas muy parecidas (castellano, inglés, francés, italiano). Pero, para dar un

³ Esta es una de las razones por las cuales un becario médico no puede contentarse con un curso de "inglés para médicos", por ejemplo.

ejemplo, en el alemán hay —o lo había, hasta no hace mucho— un registro muy especial para el “estudiante universitario” con su profesor; en el inglés, en cambio, dicho registro es congruente con el que se emplea para con cualquiera persona mayor en posición de autoridad; el japonés posee registros muy distanciados formalmente para tratar con amigos mayores, menores, del mismo sexo y del sexo opuesto, cosa que apenas ocurre en el castellano o en el inglés.

Simplificando y generalizando, es posible tipificar los registros en conformidad a cuatro dimensiones; estas dimensiones, o subdimensiones de ellas, se combinan en formas específicas de cada lengua, dando origen a diversos registros. Las dimensiones mismas, en cambio, son teóricamente aplicables a todas las lenguas y a todos los dialectos de una lengua, hasta los idiolectos mismos.

La primera dimensión se refiere a la correlación que se supone que existe entre variación lingüística y tema del discurso, y recibe el nombre de *terreno* (“*field*”). Así, por ejemplo, “la elaboración del currículo debe fundamentarse en factores motivacionales” es típico del “terreno pedagógico”, en tanto que “antes de organizar las actividades de las escuelas hay que interesar a la gente” pertenece al “terreno general”. Hay bastante divergencia entre los lingüistas acerca de si una variedad determinada debe ser tratada como mero registro o como “jerga”, o lenguaje especializado; muy personalmente, estimo que son dos cosas diferentes: un médico emplea “jerga” médica cuando discute temas profesionales con sus colegas o cuando escribe un artículo para una publicación especializada; recurre a un “registro” médico, en cambio, cuando trata con un paciente o cuando escribe un artículo de difusión para una revista femenina semanal. Pedagógicamente, una cosa es enseñar “inglés científico”; otra, es enseñar “inglés de difusión científica”; contrariamente a lo que generalmente se dice, lo segundo es una labor muchísimo más compleja que lo primero. Veinte años de experiencia en examinar a médicos postulantes a becas de un organismo internacional me han demostrado que donde precisamente no tienen problemas es en la parte técnico-científica del inglés (casi todos leen publicaciones científicas sin grandes dificultades y la gran mayoría puede seguir una charla especializada); sí los tienen, en cambio, con lo que usualmente se

denomina “inglés general”; las razones para esto son bastante obvias y me atrevo a suponer que algo semejante ocurre con otros profesionales del área de las ciencias naturales y exactas.

Otros “terrenos” serían el religioso, el legal, el administrativo, el pedagógico, el económico, etc., cada uno con características formales relativamente claras. Los “terrenos” administrativo y legal —muy semejantes en el castellano— tienden a las construcciones impersonales y a las citas indirectas, de manera que si alguien consulta “¿Qué tengo que hacer para postergar el pago de este impuesto?” es muy probable que le contesten “El inciso segundo del Art. 49 del decreto-ley 56 establece que los casos contemplados en el Art. 103 de la Ley 1.138 deben regirse por lo establecido en la ley orgánica de Impuestos Internos”. Hay una preocupación, por parte del funcionario, de no comprometerse, lo que suele traducirse en el olvido de que siempre que uno habla o escribe, lo hace —o debe hacerlo— para alguien. Respecto del “terreno” y la “jerga” pedagógicos, un profesor mío solía decir que era la primera prueba de paciencia a que se sometía a los futuros maestros, una especie de dolorosa iniciación⁴. Estas observaciones, aun cuando exageradas y jocosas, ilustran una de las funciones principales del lenguaje, cual es la de cohesionar a un grupo social (los abogados-administradores y los pedagogos, en este caso), mediante la aceptación o rechazo de una persona según adecue o no su idiolecto.

La segunda dimensión se refiere a la correlación con el medio de comunicación empleado y con la relación comunicativa general entre los participantes; usualmente recibe, en sociolingüística, el nombre de *modo*. Hay, así, “modos” específicos para los periódicos, la radio, la televisión, el cine, las conversaciones telefónicas, las cartas, los discursos, los memorándums, etc. Evidentemente, un mayor grado de delicadeza nos permitiría desglosar la mayoría de estos “modos”; así, por ejemplo, en el caso del “modo periodístico” habría que distinguir entre los “submodos” editorial, cable, crónica, página deportiva, titulares (muy típico), etc.

Quizás sea ésta la dimensión más ingrata

⁴ HAYAKAWA proporciona muchos ejemplos divertidos de lo que podríamos denominar abusos en el empleo de “jergas”.

del "registro" para los extranjeros a una lengua. Receptivamente, puede que no tengamos problema alguno en comprender un comentario a las noticias en televisión o en radio, pero, ¿qué ocurre con el comentario deportivo? Piense el lector en el florido y metafórico lenguaje de muchos de nuestros propios comentarios deportivos: "Al unísono palpitan los corazones en el Santa Laura: es que los caballeros del X se han desinhibido del instinto criminal que los hará abrazar la bandera del éxito⁵". El registro telefónico mismo suele presentar bastantes dificultades; los titulares y los telegramas ocasionan problemas obvios como consecuencia de su alto grado de ambigüedad, producto —a su vez— de las transformaciones de elisión y los supuestos situacionales (v.gr., "El asesinato del estudiante resuelto⁶", "Pudahuel mañana 16").

La tercera dimensión del registro, el *género*, se refiere a las correlaciones con las funciones sociales de un enunciado; así —por ejemplo— hay un "género" para las conversaciones informales que, en el lenguaje escrito, tiene su equivalente en las cartas personales; un "género" propio de las charlas y conferencias; otro, característico del lenguaje literario. Como en el caso de la dimensión "terreno" del registro, un mayor grado de "delicadeza" nos permitiría distinguir muchos "subgéneros"; el "género" literario, por ejemplo, puede ser objeto de cientos de páginas.

Quizás también pertenezcan al "género" registros bastante restringidos, cual es el caso de las voces de mando en las fuerzas armadas y de las instrucciones de las recetas culinarias; se observará que, en estos casos, se hace particularmente difícil (para el nacido al idioma) "traducir" lo enunciados correspondientes a otro registro.

El registro de los manuales de instrucción para artefactos electrodomésticos merecería, a mi juicio, un estudio en profundidad. Quizás porque emplean un lenguaje parcialmente técnico ("jerga") o porque suelen ser "calcos" de otros idiomas, su utilidad es escasa la mayoría de las veces. Creo que éste es uno de los pocos casos en que se aprende "haciendo"

con mayor rapidez que leyendo; el "manual", en manos de amigos inquisitivos, suele ser el terror de quienes enseñamos idiomas.

Más adelante volveremos a hablar sobre la funcionalidad en el lenguaje.

La cuarta dimensión del "registro", la *formalidad* (o *tenor*), se refiere a las relaciones personales entre los participantes en el discurso —padre a hijo, alumno a profesor, jefe a subalterno, amante a amada, amigo a amigo, etc. Hay casos en que se habla o escribe para un receptor indeterminado; entonces decimos que la "formalidad" es "indeterminada" o "neutra". En el castellano, "tú" y "Ud." —y, si se quiere, "vos"— son indicadores de "formalidad", pero interesa señalar que hay importantes variaciones geodialectales en lo referente a "polaridad"; así, por ejemplo, en tanto que en los dialectos chilenos y argentinos (de adultos) "Ud." es la forma "no marcada" —es decir, la que se usa como primera opción, a menos que se quiera expresar acercamiento (o distancia, según los roles de los participantes)— en muchos dialectos peninsulares la forma "no marcada" es "tú" (y su plural "vosotros"); de manera que si un español nos tutea, ello no quiere decir necesariamente que nos esté dando confianza, sino más bien que se acerca a la "formalidad neutra" (v.gr., "Si quieres triunfar tienes que esforzarte", donde los chilenos quizás diríamos preferentemente "para triunfar hay que esforzarse", "para que uno triunfe tiene que esforzarse" e —incluso— "si Ud. se esfuerza, triunfa"). Nuestro (i.e. chileno, argentino, venezolano) "vos" que normalmente se expresa en la conjugación (v. gr., "tenés", "tenés") es indicador de un grado bastante íntimo de formalidad, sin ser "subestándar" necesariamente; la inclusión del pronombre, en cambio, claramente lo es. Es muy interesante la "polarización" de "tú/Ud." en nuestro dialecto: una pareja de jóvenes que recién se conocen, se tutean; al transformarse en "pololos" usan el "Ud." y al ascender a novios o cónyuges vuelven al tuteo.

Si hay diferencias interdialectales en el castellano, bien podrá comprenderse la inexactitud de decir que "tú" y "Ud." corresponden a "tú" y "vous", o "Du" y "Sie"; agréguese a esto que —desde luego— también presentan diferencias geodialectales las lenguas que poseen dos o más pronombres para la segunda persona del singular (v.gr., "tu"/"você" o "você"/"o senhor").

Las cuatro dimensiones señaladas pueden combinarse en formas bastante complejas, de

⁵ Cita casi literal.

⁶ Este titular tendría al menos cuatro "lecturas" a saber: 1) El estudiante, que es resuelto, asesinó a alguien. 2) Alguien asesinó al estudiante, que es resuelto. 3) Está resuelto el asesinato cometido por el estudiante. 4) Está resuelto el asesinato cometido en la persona del estudiante.

manera que suelen producirse sincretismos e incompatibilidades; "Muy señor mío, acuso recibo de su atenta del..." expone simultáneamente las dimensiones "terreno" (comercio) y "modo" (carta); por otra parte, es difícil concebir una fusión de un registro "científico" (dimensión "terreno") con un registro "pololo a polola" (dimensión "formalidad").

El registro propiamente tal puede ser afectado por factores relativamente externos, cual sería —por ejemplo— la velocidad con que se habla. En un registro "conferencia" se pronunciarán o no las "eses" preconsonánticas y finales absolutas (en la mayoría de los geodialectos cultos del castellano) según se esté hablando en un "largo" o en un "allegro"⁷, e igual cosa puede decirse de muchas asimilaciones (v.gr., [N]) y de la operación de los "procesos", en general.

Hay, naturalmente, una relación bastante íntima entre diferencias de registro y diferencias sociales; un ejemplo interesante lo constituyen los "códigos restringidos", caracterizados sociosemánticamente por su "particularismo" y sintáctico-léxicamente por su simplicidad, rigidez funcional y predictibilidad, comunes a todos los estratos sociales (si bien usados con frecuencias diferentes en los diversos "terrenos", "géneros" y "formalidades") y los "códigos elaborados", que se caracterizan sociosemánticamente por su "universalismo" y sintáctico-léxicamente por su complejidad, versatilidad funcional e impredecibilidad, y que serían relativamente específicos de los estratos medios y superiores de la sociedad⁸.

El registro es exponente de lo que muchos lingüistas llaman la "escala de propiedad (o adecuación)" en el lenguaje, la que no debe confundirse con la "escala de corrección" ni —ciertamente— con la "escala de gramaticalidad". Así, por ejemplo, "Te solicito un ósculo" es "correcto" y "gramatical", pero ciertamente "inapropiado", cuando es dicho de "pololo" a "polola" —o viceversa; lo "apropiado", en este caso, sería "¿Um bechito?", que me atrevería a calificar de "incorrecto", no obstante ser "gramatical" (i.e., generado por las reglas de un dialecto oriundo del castellano). Hemos vuelto, aquí, a lo que manteníamos en los primeros párrafos, cuando hablábamos de "reglas de formación" y "reglas de uso": para

el extranjero a un idioma, es muchísimo más fácil lograr la "gramaticalidad" y la "corrección" que la "propiedad". Es muy posible que ésta no se logre jamás en forma plena toda vez que el extranjero normalmente desempeña un repertorio de roles muchísimo más limitado que el nacional de mediana educación (hay quienes afirman que los extranjeros desempeñan un solo rol, el de "extranjero") y, consecuentemente, emplean poquísimos "registros".

Todo es cuestión de los objetivos que se persigan al embarcarse en el aprendizaje de una lengua extranjera, claro está. No puedo imaginarme que a nadie le interese la "propiedad total", sin embargo, a menos que desee ser superespía extranjero totalmente mimetizado con los nacionales (si es que estos personajes alguna vez existieron). Muy por el contrario, hay muchas razones que aconsejan el conservar características de extranjero, particularmente la pronunciación; la más importante de estas razones es que sólo así se nos excusarán nuestros errores resultantes del contraste de costumbres: ello explica que, casi sin excepción, nuestros profesores de francés encuentren más corteses a los londinenses que a los parisienses, y que nuestros profesores de inglés prefieran el trato galo al británico.

Lo anterior debe conciliarse con las diferencias de "status" que se otorga, en cada país, a los extranjeros de diversas nacionalidades y —además— con la tolerancia diferencial hacia los acentos extranjeros. Respecto a lo primero, es evidente —por ejemplo— que los franceses ocupan una situación privilegiada en el mundo anglo-parlante (se dice de Charles Boyer que hablaba un inglés virtualmente libre de acento francés, pero que Hollywood tenía condicionado su contrato a que siempre emplease un "accento de París" en sus filmes).

La tolerancia tiene un aspecto general y otro específico. En lo general, hay quienes mantienen que algunas comunidades lingüísticas son más abiertas que otras a aceptar errores en el uso de su lengua (los norteamericanos serían, por lo general, más tolerantes que los franceses, por ejemplo); que yo sepa, no hay estudios serios que sustenten este parecer (por el contrario, un pequeño experimento realizado por nosotros no nos señaló diferencias significativas en los umbrales de "aceptabilidad" de chilenos e ingleses). En lo específico, conviene hacer presente que no todos los errores que cometen los extranjeros producen igual irritabilidad a los nacionales; por otra

⁷ HARRIS.

⁸ BERNSTEIN.

parte, hay personas que se molestan cuando el lenguaje de los extranjeros apenas se diferencia del propio: esto es natural, porque nuestra lengua es tan "nuestra" e incompatible con extraños como la patria y las tradiciones que la sustentan; el hablar como los nacionales es requisito necesario pero no suficiente para ser aceptado por la comunidad lingüística respectiva.

Como quizás ocurra con todas las cátedras universitarias y asignaturas escolares, no siempre estamos seguros de lo que pretendemos con enseñarlas. En el caso de nuestros futuros pedagogos de idiomas, ¿perseguió la "propiedad total", una propiedad parcial o la aceptabilidad? Y en la enseñanza media, ¿la aceptabilidad, la gramaticalidad o la mera comprensibilidad en la lengua extranjera?

La multifuncionalidad del lenguaje y la relación equívoca que existe entre forma y función lingüística es —a nuestro parecer— la tercera causa de dificultad en el "uso" de este instrumento tan específicamente humano.

Como lo señala M. A. K. Halliday, el lenguaje es un instrumento para muchos propósitos o funciones. Los adultos creemos que sirve únicamente para la transmisión de ideas ("modelo representacional"); es efectivo que ésta es la función más importante —en el sentido de ser la más intelectual— del lenguaje, pero lo cierto es que (al margen del aula, el libro técnico o sus equivalentes) raras veces usamos el lenguaje representativamente; por lo general, lo hacemos para obtener objetos ("modelo instrumental"), para imponer nuestros puntos de vista, a fin de que los demás hagan lo que queremos ("modelo regulatorio"), para obtener ingreso a un grupo social o para excluir a otros de nuestro grupo ("modelo interaccional"), para hacer resaltar nuestra personalidad ("modelo personal"), para destacar nuestro nivel de educación ("modelo ritual"), para averiguar ("modelo heurístico") o para crearnos nuestro propio mundo ficticio ("modelo imaginativo").

En el lenguaje infantil es posible encontrar enunciados que reflejen estas funciones en forma aislada; así, por ejemplo, "(Quiero el) pete", "Apa, apa" y "¿Para qué es esto?" son, respectivamente, exponentes de los modelos instrumental, regulatorio y heurístico. En el lenguaje adulto, estas funciones —o, más propiamente, micro-funciones— suelen traslaparse. Así, por ejemplo, "El ahorro va en beneficio suyo y del país", cumple simultáneamente una función representacional (la idea de la im-

portancia del ahorro) y regulatoria (la intención del emisor de que actuemos en la forma que él desea).

Ya hemos señalado que el lenguaje es una especie de pasaporte para ingresar y permanecer en un grupo social; en nuestro medio, el que un hombre use con frecuencia expresiones como "Vi una película estupenda" o "Me compré un sweater solferino" es casi equivalente a que lleve faldas; por otra parte, el que desee ser aceptado como "lolo" deberá —además de su juventud— usar expresiones como "¿Cachai la onda?", "ganso", "Nos estaríamos viendo", y rasgos sintácticos como el voceo (sin pronombre) y la asubjuntivización ("Si sabría te lo diría", "No sé si voy a ir"). Estos son ejemplos de la microfunción interaccional del lenguaje, a los que habría que agregar otros que exponen nuestro "status" social, nuestro quehacer laboral y nuestra procedencia geográfica.

La microfunción interaccional tiene su complemento en la función personal: deseamos pertenecer al grupo pero, al mismo tiempo, no queremos perder nuestra identidad: viene aquí, entonces, todo lo relativo al idiolecto. Se observará, al respecto, que en el niño el desarrollo del lenguaje está íntimamente ligado al desarrollo del "yo".

Tanto en las microfunciones heurística como imaginativa tienen especial interés para el profesor de idiomas las metalenguas que les son propias, toda vez que no son necesariamente coincidentes en los diversos idiomas. El o los equivalentes de "¿Cómo se dice?" "¿Qué es esto?" "Quisiera saber..." —en el caso de la metalengua correspondiente a la microfunción heurística— y "¿Qué te parece si..." o "Imaginémonos que..." —en el caso de la metalengua que corresponde a la función imaginativa— son de gran importancia para el estudiante de idiomas extranjeros.

La microfunción ritual no tiene importancia para el niño pequeño pero sí la tiene para el adulto, a quien la sociedad siempre tratará de ubicar en un punto de la pendiente de escolaridad o educación. Para el lingüista, "Hubieron muchas personas" es tan legítimo, tan "gramatical" como "Hubo muchas personas"; pero para la sociedad "educada" general, no especializada, ello está lejos de ser así: del empleo de una u otra forma puede depender que un postulante obtenga un puesto o lo pierda. Entramos aquí al terreno de la "corrección", es decir, de las convenciones sociales. Es por esta razón que la lengua extran-

jera que generalmente se enseña es más bien formal, obsoleta y libresca —y estimo muy bien que así sea, a menos que se tenga algún objetivo muy especial, cuai sería, por ejemplo, cantar música popular en inglés (no tendría éxito el intérprete de *rock* o *soul* que tratase de pronunciar como los locutores de la BBC o de “The Voice of America”).

Las microfunciones son muchas más de las aquí citadas, toda vez que están condicionadas por el contexto de situación. Halliday afirma que todas las microfunciones se resuelven, en último término, en tres macrofunciones: ideacional, interpersonal y textual. La macrofunción ideacional se refiere a la expresión de acciones, procesos, estados mentales y a las relaciones entre los participantes (“argumentos” o “casos profundos”, en la nomenclatura de la semántica generativa). La función interpersonal, a expresar si se afirma, niega, pregunta, enfatiza, ordena, etc. La función textual se refiere a la distribución de la información (a lo que se supone “conocido” y a lo que se supone “nuevo”) y al “foco” de información.

La macrofunción ideacional suele ser la preocupación exclusiva tanto de profesores como de estudiantes de lenguas, de manera que no nos referiremos a ella. La macrofunción interpersonal es —por razones fáciles de comprender— tratada en forma muy parcial; es aquí donde más se percibe la relación indirecta entre función y forma: obsérvese, por ejemplo, que la función (o significado, en realidad) “orden” no se expresa necesariamente mediante un imperativo (v. gr. “¿Tendría la gentileza de abrir la puerta?” formalmente interrogativa pero semántico-funcionalmente imperativa)⁹ y que una oración formalmente declarativa puede tener una función informativa (“El tren llega a las 8”), interrogativa (“Me gustaría que alguien me dijera a qué hora llega el tren”), imperativa (“Le agradeceré tenga la bondad de decirme a qué hora llega el tren”) y otras largo de enumerar. Como se comprenderá, estos desajustes entre función y forma no son necesariamente congruentes en dos o más lenguas, lo que crea serios problemas de aprendizaje. En un sentido amplio, se puede considerar estas macrofunciones como distintos tipos de significado.

La macrofunción textual trasciende el pro-

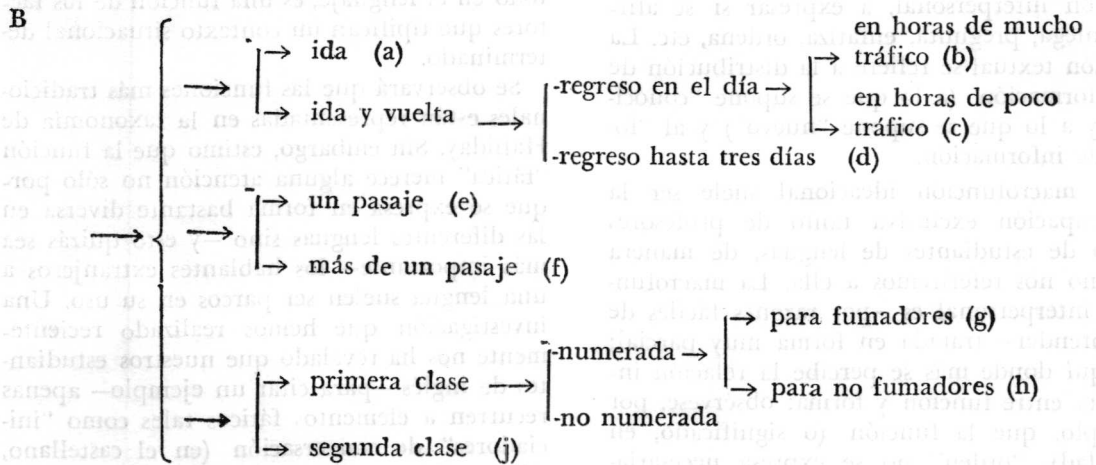
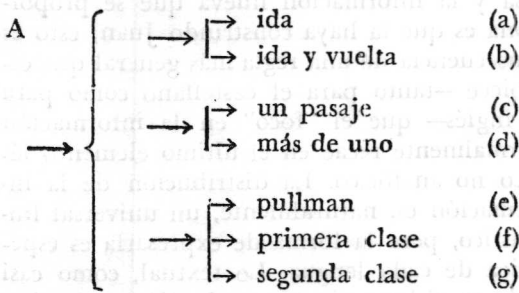
pósito de este artículo, aun cuando frecuentemente se relaciona con lo que hemos llamado “registro”. Bástenos con decir que “Juan construyó la casa” y “La casa fue construida por Juan” difieren semánticamente por cuanto, en el primer caso, “Juan” se supone lo “conocido” y “construyó la casa” la información “nueva”, en tanto que en el segundo caso, lo “conocido” es la construcción de la casa y la información nueva que se proporciona es que la haya construido Juan; esto es consecuencia de una regla más general que establece —tanto para el castellano como para el inglés— que el “foco” en la información normalmente recae en el último elemento léxico no anafórico. La distribución de la información es, naturalmente, un universal lingüístico, pero la forma de expresarla es específica de cada lengua. Lo textual, como casi todo en el lenguaje, es una función de los factores que tipifican un contexto situacional determinado.

Se observará que las funciones más tradicionales están representadas en la taxonomía de Halliday. Sin embargo, estimo que la función “fática” merece alguna atención no sólo porque se expresa en forma bastante diversa en las diferentes lenguas sino —y esto quizás sea más importante— los hablantes extranjeros a una lengua suelen ser parcos en su uso. Una investigación que hemos realizado recientemente nos ha revelado que nuestros estudiantes de inglés —para citar un ejemplo— apenas recurren a elementos fáticos tales como “iniciadores” de conversación (en el castellano, “Ahora bien”, “Mira”, “Oye”, etc.), “relleños de pausa” (“bueno”, “este”, etc.) y “confirmadores” (v. gr., “sí”, “claro”, “hum-hum”). Como su nombre lo señala, la función de estas expresiones, palabras o elementos es iniciar el contacto con el escucha o mantener abierto el canal de comunicación; consecuentemente, al no usarlos se corre el riesgo de que el contacto no se inicie oportunamente o de que se interrumpa —es decir, se incurre en falta de “fluidez”. La “exactitud” en la pronunciación o formación no parece ser condición necesaria (al menos, más allá de las etapas iniciales) para la “fluidez”; ejemplos al respecto los hay por miles. Ahora bien, se observará que nuestra metodología para la enseñanza de lenguas suele preocuparse casi exclusivamente de la “exactitud”, en desmedro de la “fluidez”.

La función o, más propiamente, el “haz de funciones”, de un enunciado está determinado

⁹ Un “yussivo”, en la nomenclatura tradicional.

por el contexto de situación. Ahora bien, toda situación presenta al o a los participantes en ella una gama cerrada o "sistema" de opciones. Así, por ejemplo, imaginemos una situación en la cual se adquiere un pasaje por ferrocarril de Santiago a Valparaíso; las "opciones", todas ellas obligatorias y simultáneas (en este caso) serían las siguientes —simplificando, claro está:¹⁰ (diagrama A)

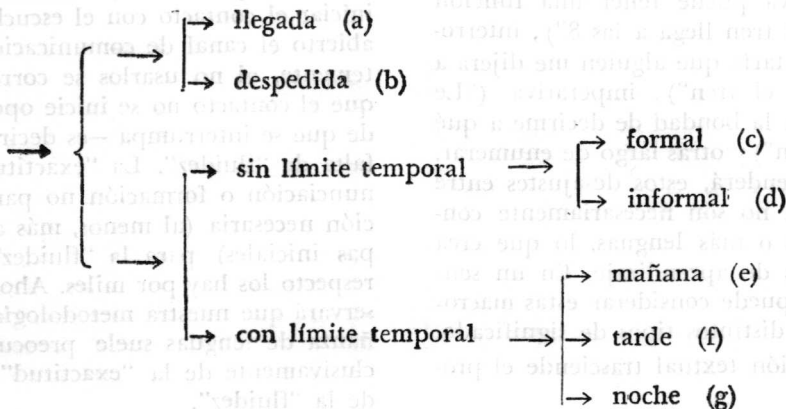


"London, cheap day-return two tickets", por ejemplo, representa las opciones (c) (f), y (j) (a menos que se diga "primera" expresamente, se entiende que el pasaje es en se-

"Una primera, ida y vuelta" representa las opciones (b), (c), y (f), en tanto que "Dos segundas, ida" representa las opciones (a), (d), y (g). Estos sistemas de opciones (o "potencial sociosemántico", como lo llama Halliday) pueden variar de comunidad lingüística en comunidad lingüística; en Inglaterra, por ejemplo, hay que ser más preciso en el caso de los pasajes de "ida y vuelta" y —en el caso de los pasajes numerados— hay que optar por sección para fumadores o por sección para los que no lo son; el "potencial sociosemántico" es, entonces, más o menos así, (diagrama B)

gunda —situación de "polaridad" que parece no darse en Chile).

O veamos —por ejemplo— el "sistema de saludos" en Chile¹¹,



¹⁰ Debo este ejemplo a la Profesora Elia Díaz.

¹¹ Debo este ejemplo a la Profesora Elia Díaz.

Expresiones lingüísticas	Rasgos sociosemánticos							
		llegada	despedida	formal	informal	mañana	tarde	noche
Hola, Qui'ubo		x			x	x	x	x
Chao			x		x	x	x	x
Hasta luego			x	x				
Buenos días		x		x		x		
Buenas tardes		x		x			x	
Buenas noches		x	x	x	x			x

Es fácil constatar que las combinaciones de opciones —y, en muchos casos, las opciones mismas— son específicas de cada lengua e, incluso, de cada dialecto de una lengua. Las expresiones lingüísticas (ítemes léxicos, en este caso) de estas opciones suelen traslaparse en cualquier par de lenguas, lo que puede generar errores por interferencia (Compárense, por ejemplo, “Buenos días” y “Bonjour” o “Chao” y “Ciao”).

Se sigue, de lo anterior, que no basta con aprender las formas lingüísticas, los “equivalentes de traducción” (v. gr. “return ticket” para “pasaje de ida y vuelta”), sino también conocer las opciones sociosemánticas que ellas expresan en un sistema específico.

Dicho en otras palabras, para hablar bien una lengua extranjera hay que saber bastante acerca de las tradiciones, costumbres y valores de los pueblos oriundos a ella. De aquí la importancia del conocimiento de la historia y —muy particularmente— de la literatura de dicho pueblo; ésta no sólo tiene un valor estético sino también antropológico, sociocultural.

Se comprenderá que he ilustrado esta exposición con sistemas de opciones sociosemánticas particularmente sencillos. En su gran mayoría, estos sistemas son complejísimo y se intersectan con otros sistemas semánticos; la opción lingüística entre “Qui'ubo” / “Hola” y “Chao” / “Nos estaremos viendo” estará determinada por opciones semánticas o sociosemánticas que no consideraremos aquí; bástenos con decir que la primera opción lingüística nos señala diversos matices de “informalidad” (es decir, no basta con el binarismo) y que la segunda opción lingüística dependerá —a menos que se trate de una persona muy joven— del grado de permeabilidad del hablante a la influencia de una lengua extran-

jera y de su valoración a la explicitación del hecho que conoce algo de dicha lengua (“Nos estamos viendo” aparentemente es calco indirecto de “I'll be seeing you”).

Así como hay opciones en el terreno sociosemántico, también las hay —naturalmente— en el terreno lingüístico (fonológico, sintáctico y léxico) y ya veíamos que la relación entre ambas es indirecta y enrevesada, al capricho de cada lengua. Para ilustrar esta relación, en forma sencilla, recurrimos al uso interaccional del lenguaje en un niño de 18 meses (Figura 1, pág. 20)¹².

Es decir, los tipos de situación determinan los potenciales sociosemánticos; éstos se resuelven a través de las macrofunciones del lenguaje, las que se concretan en estructuras sintácticas y fonológicas mediante las opciones que ofrece el potencial sintáctico (Figura 2, pág. 21).

El esquema de la Figura 2 pretende resumir lo dicho hasta ahora sobre las relaciones entre situación social y estructuras sintáctico-fonológicas. He querido, además, agregar los conceptos de “significado”, “forma” y “substancia” (Firth, Halliday) y definir el área lingüística. Se observará que los “tipos de situación social” están determinados por factores que no hemos considerado aquí (v. gr., motivaciones y conceptos de alto nivel de abstracción) y que el avance hacia la derecha coincide con un incremento en la especificidad, teniendo presente que para alcanzar universales es preciso recurrir a categorías más abstractas que los tipos de situación social, razón por la cual he preferido el término nivel “latente intermedio” al “profundo”.

¹² HALLIDAY, adaptado por ELIA DÍAZ.

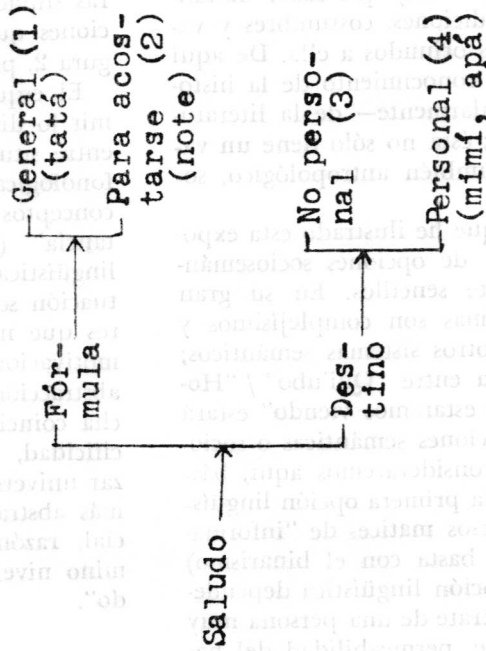
Figura 1

Opciones socio-semánticas y sintácticas

Opciones socio-semánticas

Opciones sintácticas

Ejemplos



Estructuras

Tatá (1+3)

Note (2+3)

Tatá apá (1+4)

Note mimi (2+4)

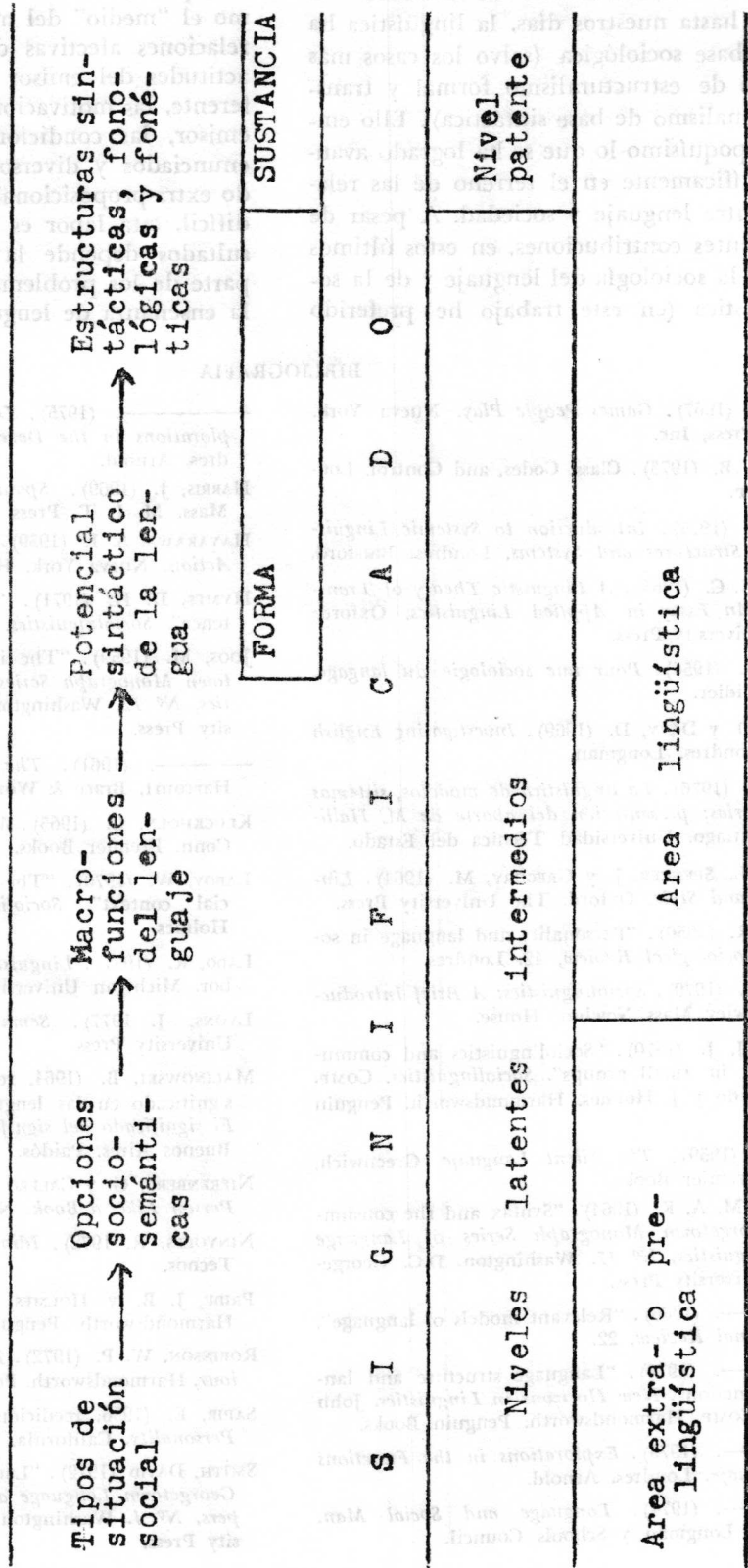
Fórmula

Fórmula Destino

— Hallmarks, adapted from ELLA DIES

Figura 2

Situaciones, opciones y estructuras



Decir que lenguaje y sociedad se encuentran íntimamente relacionados es obvio, ciertamente. Desde Ferdinand de Saussure —al menos— hasta nuestros días, la lingüística ha sido de base sociológica (salvo los casos más extremos de estructuralismo formal y transformacionalismo de base sintáctica). Ello empero, es poquísimamente lo que se ha logrado avanzar científicamente en el terreno de las relaciones entre lenguaje y sociedad. A pesar de las brillantes contribuciones, en estos últimos años, de la sociología del lenguaje y de la sociolingüística (en este trabajo he preferido

no referirme a las diferencias entre ambas), es evidente la carencia de un modelo integrador que considere —entre otros— factores como el “medio” del mensaje, el “status” y las relaciones afectivas de los participantes, las actitudes del emisor y receptor hacia el referente, las motivaciones y presuposiciones del emisor, las condiciones de felicidad de los enunciados y diversos aspectos del significado extra-proposicional de los mismos. Si bien difícil, esta labor es urgente pues de sus resultados depende la solución de la mayor parte de los problemas prácticos que afectan la enseñanza de lenguas.

BIBLIOGRAFIA

- BERNE, E. (1967). *Games People Play*. Nueva York. Grove Press, Inc.
- BERNSTEIN, B. (1973). *Class, Codes, and Control*. Londres. RKP.
- BERRY, M. (1975). *Introduction to Systemic Linguistics: I. Structures and Systems*. Londres. Batsford.
- CATFORD, J. C. (1965). *A Linguistic Theory of Translation. An Essay in Applied Linguistics*. Oxford. The University Press.
- COHEN, M. (1956). *Pour une sociologie du langage*. París. Didier.
- CRYSTAL, D. y DAVY, D. (1969). *Investigating English Style*. Londres. Longman.
- DÍAZ, ELIA (1976). *La lingüística de modelos, sistemas y categorías: presentación del aporte de M. Halliday*. Santiago. Universidad Técnica del Estado.
- ENKVIST, N., SPENCER, J. y GREGORY, M. (1964). *Linguistics and Style*. Oxford. The University Press.
- FIRTH, J. R. (1950). “Personality and language in society”. *Sociological Review*, 42. Londres.
- FISHMAN, J. (1970). *Sociolinguistics: A Brief Introduction*. Rowley, Mass. Newbury House.
- GUMPERZ, J. J. (1970). “Sociolinguistics and communication in small groups”. *Sociolinguistics*. COMP. J. B. Pride y J. Holmes. Harmondsworth. Penguin Books.
- HALL, E. (1959). *The Silent Language*. Greenwich, Conn. Premier Books.
- HALLIDAY, M. A. K. (1964). “Syntax and the consumer”. *Georgetown Monograph Series of Language and Linguistics*, Nº 17. Washington, D.C. Georgetown University Press.
- . (1966). “Relevant models of language”. *Educational Review*, 22.
- . (1970). “Language structure and language function”. *New Horizons in Linguistics*. John Lyons, COMP. Harmondsworth. Penguin Books.
- . (1973). *Explorations in the Functions of Language*. Londres. Arnold.
- . (1974). *Language and Social Man*. Londres. Longman y Schools Council.
- . (1975). *Learning How to Mean: Explorations in the Development of Language*. Londres. Arnold.
- HARRIS, J. (1969). *Spanish Phonology*. Cambridge, Mass. M. I. T. Press.
- HAYAKAWA, S. I. (1939). *Language in Thought and Action*. Nueva York. Harcourt, Brace & World.
- HYMES, D. H. (1971). “On communicative competence”. *Sociolinguistics*. COMP. Pride y Holmes.
- JOOS, M. (1959). “The isolation of styles”. *Georgetown Monograph Series on Language and Linguistics*, Nº 12. Washington, D.C. Georgetown University Press.
- . (1961). *The Five Clocks*. Nueva York. Harcourt, Brace & World.
- KLUCKHOLN, C. (1965). *Mirror for Man*. Greenwich, Conn. Premier Books.
- LABOV, W. (1970). “The study of language in its social context”. *Sociolinguistics*. COMP. Pride y Holmes.
- LADO, R. (1957). *Linguistics across Cultures*. Ann Arbor. Michigan University Press.
- LYONS, J. (1977). *Semantics*. Londres. Cambridge University Press.
- MALINOWSKI, B. (1964, reedición). “El problema del significado en las lenguas primitivas”. Apéndice a *El significado del significado*, de Ogden y Richards. Buenos Aires. Paidós.
- NIERENBERG, G. y CALERO, H. (1973). *How to Read a Person Like a Book*. Nueva York. Pocket Books.
- NINYOLES, R. (1972). *Idioma y poder social*. Madrid. Tecnos.
- PRIDE, J. B. y HOLMES, J. (1972). *Sociolinguistics*. Harmondsworth. Penguin Books.
- ROBINSON, W. P. (1972). *Language and Social Behaviour*. Harmondsworth. Penguin Books.
- SAPIR, E. (1956, reedición). *Culture, Language and Personality*. California. The University Press.
- SMITH, DAVID (1972). “Language as social adaptation”. *Georgetown Language and Linguistics Working Papers*, Nº 4. Washington, D.C. Georgetown University Press.